

# La escoba encantada



JOSE BALLESTA  
— EDITOR —

ALSINA 2006  
BUENOS AIRES



00163237

14665  
006



*Beto*

## LA ESCOBA ENCANTADA

En un país cuyo nombre no recuerdo, vivía y gobernaba un rey llamado Sigifredo.

Este rey era muy poderoso. Sus riquezas eran cuantiosas y sus dominios muy extensos. Como su ejército era muy fuerte, todos sus vecinos le temían y le respetaban. Sus súbditos le querían, pues era justo y bueno; pero a pesar de todo esto, que a otro cualquiera hubiera hecho muy feliz, el rey Sigifredo se consideraba el más desgraciado de todos los hombres.

Veréis que tenía motivos sobrados para ello.

Sus antecesores, llamados Sigifredo todos ellos, habían sido bellos, fuertes y esforzados guerreros.

Cuando llegaron a esa edad en que los jóvenes deben casarse, todos habían encontrado una princesa buena y hermosa, que, además de ser todas ellas tan ricas como sus esposos, les habían dado un hijito varón, el que, cuando llegaba a hombre, era también bello y valiente como sus abuelos.

Pero, no sabemos porqué, el Sigifredo de nuestra historia era feo, feísimo; tenía la nariz como una remolacha; sus orejas se parecían a dos abanicos, y los pocos cabellos que le quedaban, eran tan ásperos que se asemejaban a las púas de un erizo.

Era el pobre rey, tan monstruosamente feo, que cuando los niños le veían, a pesar de sus lujosos vestidos, se asustaban de tal forma, que las madres, cuando sabían que iba a pasar la carroza real, procuraban esconder a sus pequeñuelos, para evitarles a las criaturas que pasaran un rato tan malo.

Para no verse así mismo, y no sufrir a cada momento, había prohibido que en el Palacio Real hubiese espejos. ¡Hasta tal extremo llegaba su fealdad, que el mismo se asustaba de ella!

Y es claro, el desdichado monarca, sufría muchísimo, al comprender que toda su riqueza y todo su poderío no bastaban para hacer olvidar la fealdad de su rostro...

Así es, que él muchas veces pensaba que con gusto se cambiaría por un humilde trabajador

de su pueblo, con tal de tener una cara de persona normal. Pero como no basta con desear las cosas, para que éstas sucedan, nuestro buen Sigifredo, tenía que contentarse, a malas o a buenas, con la fisonomía que le había tocado en suerte.

Por ese motivo, le era casi imposible encontrar una princesa que se casara con él y cuando, después de mucho buscarla, la encontró, a pesar de que era feísima como él creyó que habían terminado sus desdichas.

El pobre rey se equivocaba, porque el hijo que, esperaba, y que suponía sería hermoso y valiente como todos los Sigifredos, no fué hijo sino hija, y tan horriblemente fea que a su lado sus padres eran hermosísimos.

Esto vino a afligir mucho más al ya desgraciado monarca, pues el que su hija fuera tan horrorosa, le llenaba el alma de pena, lo mismo que a su esposa, la Reina.

Todo el mundo que veía a la Princesa, no podía contener un gesto de horror, pues en una niña, una cara tan horrible, hace mucha más impresión, que en las personas mayores.

Cuando la princesa, a quien llamaron Sigifreda, cumplió dieciséis años, sus padres trataron de casarla, pero no hallaron príncipe ninguno que quisiera ser esposo de una joven tan horrible; todos los que la veían, se alejaban de élla con diversos pretextos.

Tantas desgracias reunidas, causaban una pena muy grande a los pobres reyes que todo el día

se lo pasaban en la inmensa galería de retratos de su palacio, contemplando con ojos de envidia a sus padres y abuelos, todos ellos tan hermosos.

Estaban siempre tan afligidos que perdieron el sueño y el apetito, hasta que, al poco tiempo de cumplir Sigifreda los veinte años, murió el rey, siguiéndole la reina algunos meses después.

Según las leyes del país, la princesa subió al trono con el nombre de Sigifreda I, pero nadie la llamaban así, porque todos decíanle: Sigifreda la Horrible.

A la nueva reina le desagradaban los graves asuntos del Estado, y como no podía encontrar ningún príncipe que la quisiera por esposa y se encargara de gobernar, se le ocurrió un ardid para conseguirlo.

En el país existía un castillo al que nadie podía acercarse porque la bruja Porcina lo había encantado. Esta horrible vieja, era tan desaseada que le tenía horror a todo lo que fuera limpieza, y un día que pasó por frente al castillo, se puso furiosa al verlo tan limpio y ordenado. Guiándose por sus malos sentimientos, tocó las paredes con su varita mágica, a la vez que pronunciaba una palabra que sólo ella podía entender.

En un instante, el castillo, de hermoso y limpio que era, se convirtió en sucio, maloliente y lleno de moscas y telarañas.

Vanos fueron todos los esfuerzos que se hicieron para limpiarlo, porque todas las escobas se rompían antes de levantar una sola mota de polvo.



EN LA INMENSA GALERIA

Contra la puerta del castillo estaba apoyada una escoba mágica, que según se decía, había sido dejada allí por la bruja, pero era una locura pretender barrer con ella. El que intentaba tomarla, iba a parar a un lugar desconocido, y nunca se sabía más de ellos. Deben saber mis lectorcitos que la escoba era la misma bruja disfrazada.

Los servidores de Sigifreda fueron mandados a todos los reinos vecinos, haciéndoles saber que ella se casaría con el príncipe o caballero que se atreviera a limpiar bien y pronto el castillo, pero al verla, como era tan fea, ninguno quería reñir con la bruja, para conseguir como premio, casarse con una princesa horrible y que les diera el título de Rey de los Barrenderos.

La pobre reina perdía ya toda esperanza y como no quería morir sin que quedara un heredero para el trono de los Sigifredos, hizo saber a todos los habitantes del país que cualquiera que limpiara el castillo, pobre o rico, príncipe o no, sería esposo de ella o se le darían como premio diez carros cargados de oro.

Tres jóvenes, que se llamaban Benito, Román y Marcos, pasaban entonces por el reino de Sigifreda y se enteraron del ofrecimiento hecho por la soberana.

Como eran pobres y muy decididos, enseguida pensaron en aprovechar semejante oportunidad, de hacerse ricos y además, uno de ellos, se casaría con la reina y sería rey, lo cual para los pobres chicos, era un sueño maravilloso.



Según oyeron decir a la gente, muchos jóvenes que llegaron antes que ellos, trataron de limpiar el castillo, pero nadie los volvió a ver y ya ninguno pensaba en solicitar el premio.

—Amigo — dijo Benito a uno que pasaba — creo que en ese castillo habrá mucha gente y será necesario hacer cola para tomar la escoba.

—¡Cómo se ve que Vds. son extranjeros! — le dijo el otro —. Miren allá lejos, y si tienen buena vista verán las paredes negras de sucias, y la escoba apoyada contra la puerta.

—Y ¿nadie se atreve a tomarla, sabiendo que premio dan?

—Nadie.

—Pues, me sorprende que todos sean cobardes hasta ese punto. Verán que seré rey antes de veinticuatro horas.

—Conque, ¿Vd. quiere ser rey? Pues le advierto que los otros sólo buscaban los diez carros de oro.

—Pero, ¿por qué? ¿Tan vieja es la reina,

—Sólo tiene veinticinco años.

—¡Pues, entonces!... Adiós, amigo.

—Adiós, y ¡buena suerte!

Benito comunicó sus deseos a sus amigos y ellos se mostraron conformes pero le pidieron que les permitiera acompañarlo.

Desde luego — les dijo éste — yo había pensado en que vendrías y en que me ayudarías a limpiar el castillo y a vencer a la bruja. Y así,

yo os prometo, que de los diez carros de oro que nos han ofrecido, os daré seis, tres para cada uno, con lo cual tenéis asegurada vuestra vida. Ya sabéis que yo soy un buen amigo vuestro, y que quiero que participéis de mis desdichas y de mi buena suerte. Y como ahora parece que la fortuna va a llamar a mis puertas, quiero compartirla con vosotros, mis queridos compañeros de penas y alegrías.

—Pues entonces — dijeron los otros — lo mejor es no perder tiempo, y dirigirnos cuanto antes al castillo encantado, para comenzar a desencantarlo enseguidita. Por muy bruja y muy requetebruja que sea la que lo encantó, me parece que cuando se encuentre con tres mancebos tan decididos y valientes como nosotros, se va a morir del miedo y nos va a dejar más que de prisa, el camino expedito.

Muy contentos, los tres muchachos encamináronse en dirección al castillo. Los que los veían pasar, los seguían para verlos en la tarea de barrer. Cuando se acercaban, era insoportable el mal olor, pero, tratando de contener la respiración, Benito llegó en loca carrera hasta la puerta, levantando al pasar, una verdadera nube de moscas.

El muchacho, sin dejar de correr, probó a tomar la escoba mágica para empezar el trabajo, pero como estaba embrujada, se le escapó de las manos y Benito fué a dar de cabeza contra la sucia pared, quedando como atontado por el golpe.



LA ESCOBA EMBRUJADA, DABA SALTOS...

Creyendo que no había medido bien la distancia, probó de nuevo, y le sucedió lo que la vez anterior.

Trajo otras escobas, y todas quedaron rotas antes de poder utilizarlas.

Esto molestó mucho a nuestro amigo, pues veía que iba a fracasar en la empresa, lo cual le ponía muy de mal humor, pues se daba cuenta de que todos sus sueños de riqueza y poderío se iban a esfumar como a un soplo de viento. Y como él estaba decidido a triunfar, pese a todas las brujas del mundo, se dijo a si mismo que había que tomar la escoba encantada, porque era con la única que se podía llegar a limpiar el sucísimo y embrujado recinto.

La escoba embrujada daba saltos y parecía burlarse de Benito, a quien molestaba tanta insolencia. El muchacho fué acercándose a ella despacio y como al descuido, hasta que, de pronto, consiguió echarle las manos encima, dando un grito de alegría.

La escoba hacía esfuerzos desesperados en la creencia de que podría escurrirse de las manos de Benito, teniendo que convencerse de que esto no era tan fácil. Una vez tomó impulso, se levantó del suelo y salió volando sobre la ciudad, pero el joven no la soltaba y voló con ella. Luego de haber dado muchas vueltas, regresó al punto de partida y volvió a recostarse contra la pared.

Benito, que tenía buen oído, oyó que ella suspiraba y decía en voz baja:

—Es increíble, pero, ¡ha logrado fatigarme!

Oyendo esto, el muchacho creyó llegada su ocasión y quiso, de nuevo, ponerse a barrer.

Román y Marcos, que lo miraban, veían que los lugares por donde pasaba la escoba quedaban tan limpios como el oro y se pusieron muy contentos creyendo que la bruja estaría ya vencida.

Pero Porcina era malvada y cuando vió a Benito fatigado a causa de que ella siempre se resistía, lo arrastró por los largos corredores, lo hizo subir y bajar por las escaleras, y por fin lo obligó a seguirla hasta una habitación muy oscura, donde, de un tirón, consiguió desprenderse de las manos de Benito arrojándolo contra una pared, que se abrió como una puerta y al volver a cerrarse, lo sujetó por los cabellos.

—¡Al fin he logrado vencerte! — dijo la escoba apoyándose contra la pared y respirando con la fuerza de un ventilador. — Te vencí pero, ¡cuánto trabajo me has dado! Me apretabas tan fuerte el cuello que pensé que me ahogabas... Y mira como se me han puesto las faldas de tanto arrastrarlas por el suelo!

Ahora tendré que lavarlas y ya sabes que a mí no me gusta. Cuando descanse, verás la paliza que te doy! Y después traeré a tus amigos que deben estar buscándote. No te hallarán ni en un año en este laberinto.

En esto la bruja se equivocaba porque Román y Marcos estaban escuchando detrás de la puerta. Ellos habían seguido a su compañero guiándose

por las señales que había dejado la escoba en los lugares por donde pasaba arrastrando a Benito.

—¡Pobres muchachos! — dijo éste — ¿vás a martirizarlos también a ellos?

—No te preocupes por eso — dijo Porcina con voz cascada —; en cuanto te dé la paliza que te he prometido, iré a buscarlos y haré con ellos lo mismo que contigo.

—Mira, bruja, que nadie se atrevió conmigo sin pagarlo caro.

—Pues seré yo la primera que se atreva.

Y sin atender las protestas del muchacho, que no podía defenderse porque estaba sujeto por los cabellos, empezó a darle fuertes escobazos.

Benito gritaba tratando de apoderarse del mango de la escoba cuando pasaba por su lado, pero la vieja Porcina se ponía lejos de su alcance. Por fin, Benito pudo aprovechar un momento en que la bruja le pegaba en las piernas y dándole un fuerte puntapié, la arrojó al suelo. Antes de que ella se levantara, la golpeó otra vez con el pie tratando de aplastarla.

—¡Ay!... ¡Ay!... — gritaba la escoba, desde el suelo —. ¡Me has lastimado, pero me la pagarás! Voy a martirizarte hasta que mueras.

De todas maneras, el olor que despidas no se notará en este castillo, donde no faltan malos olores.

—¿Quieres callarte, vieja loca? Tu voz me rompe los oídos y me da asco.

—¡Ah! ¿Conque te doy asco? Pues, entonces te obligaré a oirme. Has de saber, que los otros tontos como tú que vinieron antes, están encantados y convertidos en esas columnas que estás viendo, y nadie podrá librarlos si yo no quiero. Sin embargo, el modo de hacerlo es muy sencillo: debajo de un armario que está en el salón del trono, hay un hueco en el piso, que no se ve porque encima está una alfombra. Dentro de ese hueco y un poco a la izquierda, hay una caja y dentro de ella está una red. Si tú la sacaras y me la echaras encima, yo dejaría de tener poder mágico y podrías obligarse a limpiar el castillo.

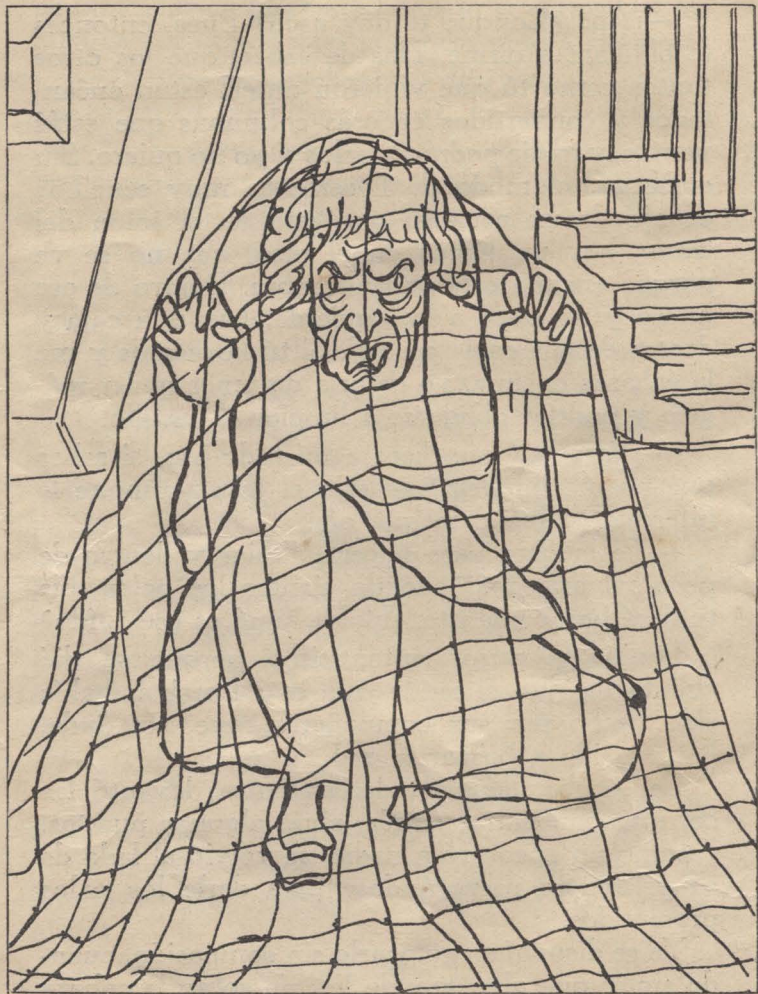
—¿Para qué me dices a mí todo eso, si sabes que no me importa? —dijo el joven aunque le interesaba mucho lo que oía.

—Te lo digo para hacerte rabiar y dentro de poco rabiarás más cuando sientas los palos que te daré hasta matarte. ¡Hola! ¿qué es ese ruido?

Benito se puso contentísimo porque se dió cuenta de que el ruido que oyó Porcina, había sido hecho por sus compañeros, que, sin duda, habrían ido a buscar la red.

La escoba, llena de desconfianza, levantó las cortinas para mirar detrás, abrió algunas puertas, y como no encontró a nadie, se volvió al lado de su prisionero preparándose para darle los palos prometidos.

Ya se disponía a golpearlo sin compasión, cuando sintió que algo grande le caía sobre la cabeza y se encontró envuelta en la red, que, quitándole



Y SE ENCONTRO ENVUELTA EN LA RED...



el poder, la convirtió en una horrible vieja, fea y sucia.

Un trueno espantoso hizo que temblaran el techo y las paredes. Sin saber cómo, Benito se vió libre y las columnas cayeron al suelo, saliendo de cada una, un joven que, con Román y Marcos quisieron arrojarlos sobre la vieja para castigarla, pero Benito los contuvo diciéndoles:

—¡Calma, amigos!. . . Antes que nada, es necesario obligar a esta bruja a barrer todo el castillo y en seguida nos presentaremos a la reina Sigifreda, reclamando los diez carros de oro, que nos repartiremos entre todos.

Como los otros estuvieron conformes, Benito dijo a la bruja:

—¿Lo oyes, vieja horrible? ¡A barrer, y a dejar en seguida todo limpio!

La vieja se puso a llorar diciendo que no podía hacer un trabajo tan pesado, pero los muchachos no atendieron sus ruegos y la llevaron a la puerta del castillo, dándole varias escobas.

Veinte días y veinte noches duró el trabajo de la limpieza. La bruja enflaqueció de tal manera que parecía una caña. Cuando todo estaba limpio, se acostó sobre la escoba y murió. Tal vez no pudo vivir en tanta limpieza.

Benito, Román y Marcos se presentaron ante la reina Sigifreda, que les esperaba con impaciencia rodeada de su corte.

Los recibió con mucha amabilidad, les dió las gracias y levantando el velo que cubría su cara,

preguntó quién era el valiente que había vencido a la bruja.

—Hermosa señora — dijo Benito cuando se cobró del susto que le había causado la fealdad de la reina — la vencimos entre todos, pero ninguno de nosotros puede aspirar a la inmensa ventura de ser esposo vuestro, porque los tres... ¡somos casados!

Al oír esto la pobre reina comprendió que debía resignarse con su suerte y ordenó entregar el premio a los tres amigos, quienes se alejaron en busca de nuevas aventuras.

\* FIN \*

SC

UJ

C-LAN

05



# La Alegría de los Niños

## SERIE SEGUNDA

Premio y Castigo

Blancanieve y Rojaflor

Los Cabritos y el Lobo

El fiel Juan

Los cuatro talismanes

La princesita de las  
trenzas de oro

La viejecita de los gansos

El pájaro Grifo

La escoba encantada

Juanito y Margarita

La leyenda del corzo

El anillo perdido

Genoveva de Brabante

Rosa de Tanemburgo

La zorra agradecida

Un día de felicidad

La Cruz de madera

El niño perdido

La Virtud premiada

El Canario

CADA TOMITO 10 Centavos.